

## Elecciones y desmovilización ¿Qué pasó el 28?

*Antonio Sanguino Páez*  
*Corporación Nuevo Arco Iris*

Una pregunta sigue latente en el ambiente, después de las elecciones presidenciales del pasado 28 de Mayo: ¿Cuál es la cuota paramilitar en sus resultados? O para decirlo en términos económicos: ¿Sigue la “mano invisible” de las Autodefensas regulando el mercado político en sus territorios?

La pregunta no es fácil de responder, sobre todo porque la contundencia del triunfo del presidente Uribe y la revelación electoral que significó el Polo Democrático Alternativo, PDA, no ha permitido aún desmenuzar las cifras. Pero, además, porque ambos resultados, el de Uribe y el del Polo, para la mayoría de los analistas parecieran no tener nada que ver con el fenómeno paramilitar.

Para nadie es un secreto lo mucho que las Autodefensas en trance de re inserción le deben a un segundo período del presidente Uribe. La seguridad jurídica, el blindaje frente a la extradición y la cabal interpretación de su discurso contrainsurgente son razones más que suficientes para que sus estructuras entrenadas ya en el arte de la política local y regional se volcaran a favor del primer mandatario.

Cierto es que Uribe seguramente no necesitaba tales apoyos para asegurar su victoria en primera vuelta. Su imagen de “mano dura” sigue despertando masivas simpatías entre los electores ante una guerrilla que como las Farc no dan indicios de querer una negociación. El positivo comportamiento de los indicadores económicos y la sensación de seguridad que trasmite al colombiano común y corriente le prolijaron dividendos electorales. El desplome de los partidos históricos ha actuado a favor de un mesianismo que convierte la amalgama de partidos de su coalición en una foto de enanos. El poder de palacio, la chequera del presupuesto y el favoritismo de los medios lo pusieron en un lugar inalcanzable para sus competidores.

Pero queda la sensación de que alguna para-ayuda recibió. Solo tomando el caso de la Costa Atlántica, región sometida a la dictadura de las AUC, objeto de graves denuncias y públicas evidencias del proselitismo armado de estos grupos, el incremento significativo de la votación de Uribe entre el 2002 y el 2006 puede ser revelador. En el departamento del Cesar pasó de un 35% de la

votación en el 2002 a un 66.70% en el 2006. En Sucre, mientras en la elección presidencial pasada obtuvo sólo el 30% de los votos, ahora alcanzó el 51.6%, mientras en Córdoba y Bolívar pasó del 39% al 58.2% y 59.2%, respectivamente. Incluso, en los departamentos en donde pareciera no haberle ido bien frente al PDA, su votación se incrementó. En Guajira, por ejemplo, a pesar de haber perdido con Carlos Gaviria, de un 24.9% obtenido en el 2002 pasó a un 38.8%, mientras en el Atlántico tuvo un ligero incremento del 38% al 42%.

Estas evidencias se podrán explicar por la especial importancia de esta región en el diseño de la campaña del candidato-presidente. O por el agradecimiento de sus pobladores al éxito de la desmovilización paramilitar. O por la vigencia de su oferta de seguridad. O por la capacidad del Uribismo para atraer a viejos barones electorales provenientes del liberalismo y el conservatismo. O por las relaciones directas que desde palacio se establecieron con cerca de 500 Alcaldes y algunos Gobernadores.

Pero también es innegable que en esta misma región en las elecciones parlamentarias de marzo pasado se repitieron los “paracircuitos electorales” del 2002 garantizando la consolidación de los movimientos y partidos uribistas que como Alas-Equipo Colombia, “la U” o Cambio Radical comparten los territorios de influencia con los grupos de Autodefensa. O le abrieron espacio a los nuevos movimientos que como Apertura Liberal sirvieron de receptores de los parlamentarios expulsados de las listas “Uribistas purasangre”, precisamente por sus posibles nexos con el paramilitarismo.

Lo mas grave es que estas elecciones --las parlamentarias y las presidenciales-- no permiten comprobar la desmovilización total de las AUC y por el contrario dejan la sensación de la persistencia de su captura del Estado y de la sociedad política local. Y todo ello en ayuda del presidente o del “uribismo”. Como dijo un Obispo en una reunión: “no se puede afirmar que el presidente Uribe sea paramilitar, pero es innegable que los paramilitares son Uribistas”.

Advertidos de lo que significa el poder local en la reconfiguración del régimen político colombiano y del apetito que han mostrado las AUC por apropiarse de la institucionalidad local, las elecciones del 2007 serán la prueba más explícita del grado de recuperación para el Estado Social de Derecho de estos territorios hasta ahora sometidos a la dictadura de la violencia.